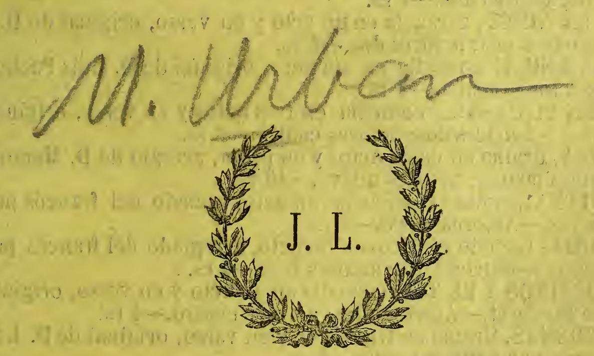
LIMA.

GALERIA LÍRICO-DRAMÁTICA

HISPANO-LUSITANA.

Calle de Hortaleza, núm. 5, Madrid.



MADRID:—1873.
IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
Calle de San Gregorio, 5.

15

ÍNDICE

DE LAS OBRAS DE ESTA GALERIA.

EL QUE AL CORAZON NO LLAMA...

BALADA

DE COSTUMBRES ANTÍGUAS, EN UN ACTO Y EN VERSO, ORIGINAL

DE

D. MANUEL URBAN ARNEDO.

REPRESENTADA CON GRAN APLAUSO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO ROMEA LA NOCHE DEL 4 DE ABRIL DE 1873.

MADRID:
IMPRENTA Á CARGO DE J. J. DE LAS HERAS,
calle de San Gregorio, núm. 5.
1873.

A MI RESPETABLE AMIGO

D. AGUSTIN RODRIGUEZ MARAURI.

Reciba V. con esta humilde balada el tierno sentimiento de amistad y agradecimiento que inspira á su afectísimo amigo

EL AUTOR.

PERSONAJES.	ACTORES.
ISABEL..	Sra. Alverá.
CARLOTA.	Francisconi.
DIEGO.	Sr. Perez-cachet.
D. JUAN.	Zaragozano.
D. CARLOS.	Jurdau.
LUCIANO..	Lopez.

Derecha é izquierda la del actor.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala cerrada, muy decentemente amueblada, con cuatro puertas laterales y una al foro. A la derecha del actor, en segundo término, una mesa con candelabros.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL.—D. JUAN.

D. JUAN. ¿Qué aflige á la recatada,
que tan triste todo el dia
la encuentro, cuando debiera
la felicidad, la dicha
retratarse en su semblante
en las formas de alegría?
¿Por qué en sus cándidos ojos,
amarga tristeza miran
los mios, que nunca vieron
en ellos más que divina
paz, que es fiel testimonio
de que las almas no anidan
ningun pesar que las turbe,
ni las mate una desdicha?

ISABEL. Cosas que no se comprenden,
ni el que las sufre adivina;
cosas qne las almas llenan
de triste melancolía;
efecto es esta tristeza
de causa desconocida!
(¡Triste de mí!)

D. JUAN. No comprendo...
que el que sufre una desdicha,

efecto de otra mayor,
no adivine, por su vida,
la causa de aquese efecto
que tantos males motiva.

ISABEL. ¡Cuántas almas en el mundo,
que el pesar las martiriza
no hay! y sufren resignadas
su dolor, sin que la impía
suerte, las haga pensar
sobre la causa maldita
que sus desgracias produjo;
porque fuera su desdicha
doble desde aquel instante.

D. JUAN. Verdad será cuanto digas,
mas no es posible que tú
puedas estar comprendida
entre aquesas desdichadas
que sufren tanta desdicha...
¿No es verdad, hija del alma,
paz, ventura y alegría
de un padre viejo y caduco,
que en tí las virtudes mira
de un ángel que al mundo vino
á hacer felices sus dias?
¿No es verdad que eres dichosa?
La suerte, que te es propicia,
dáte un hombre...

ISABEL. (¡Suerte impía!)

D. JUAN. Jóven, rico y cariñoso,
á quien el cielo le fia
tu paz, sobre aqueste mundo
que hace más dulce la vida.
Y así, no tornes en lloros
de tus ojos la alegría.
Vuelvan á tus labios pálidos
el carmin con la sonrisa,
y had que, como en otro tiempo,
esas tus blancas mejillas
el bello rubor colore,
dándote gracia divina.
Que no es posible que á un ángel
tan bello, el cielo permita
que quite el brillo á sus ojos
el rigor de una desdicha.

ISABEL. ¡Quiera el cielo que así sea!

D. JUAN. Así será si le obligas

con tu virtud, Isabel.
Mas dejemos, hija mia,
las miserias de este mundo,
que no es tan corta la vida
que no podamos en ellas
pensar más de un solo dia.
Don Cárlos me está esperando
en la calle de Herrerías,
para arreglar los negocios
de la boda, que precisan;
pues convinimos ayer
en que al santo altar irias
por mañana; con que así,
es forzoso me despida
de tí, hasta muy poco tiempo
que vendrá, en mi compañía
Cárlos. Conque, hasta despues;
Dios te guarde. (*Váse.*)

ISABEL. Que él os siga.

ESCENA II.

ISABEL.

¿Habrá en el mundo mujer
más desdichada que yo?
¿Quién en amor esperó
sino un desengaño ver?
Yo al amor en dulce sueño
le ví que me acariciaba,
y risueño me pintaba
un porvenir halagüeño.
Con sus frases armoniosas,
mi alma á las dichas unia,
y un mundo me prometia
de ilusiones mentirosas.
De aqueste mundo infernal,
do solo el pesar se agita
y el hombre se precipita
en los abismos del mal,
un bello eden de placer
llegó en mi sueño á pintar,
y hasta hizo al alma olvidar
la condicion de su ser.
¡Mas quién con amor soñó
que no viera al despertar

que es amor, para gozar
en sueños, despierta... no!
Yo soñé que en un eden
riendo estaba con Diego...
él jurándome amor ciego,
yo llamándole mi bien.
Y mientras esto soñaba,
mi amante Diego escribia...
«¡Adios, Isabel impía!
ya no te ama quien te amaba.»
Y mi padre, loco y necio,
por dinero atesorar,
piensa llevarme al altar
con un hombre á quien desprecio.

ESCENA III.

ISABEL.—LUCIANO, *á la puerta.*

LUCIANO. Un caballero, empolvado
y muy apuesto doncel,
de la puerta en el dintel
espera muy fatigado.
Con gran empeño, por Dios,
pregunta si sola estais,
y que es fuerza le veais.
ISABEL. ¿Su nombre?
LUCIANO. Dice que á vos
solo os lo puede decir.
ISABEL. ¿No le conoces?
LUCIANO. No á fe.
ISABEL. ¿Quién podrá ser?
LUCIANO. No lo se.
ISABEL. ¿Y pretende?
LUCIANO. Hablar y oir.
ISABEL. ¿Su traje?
LUCIANO. De caballero.
ISABEL. ¿Su figura?
LUCIANO. De valiente.
ISABEL. ¿Sus maneras?
LUCIANO. Muy decentes.
ISABEL. ¿Su carácter?
LUCIANO. De guerrero.
ISABEL. (¿Quién podrá ser, que altanero,
para penetrar aquí
oculte su nombre así?...)
Que pase ese caballero. (*Con resolucion.*)

ESCENA IV.

Isabel.

¿Si será Diego, el osado
que á solas me quiere ver?
Si fuera él... ¡qué placer!
Pero no, que despiadado,
al mirarme desposada
de mi suerte gozaria,
porque sabe le amaria
para ser más desgraciada.

ESCENA V.

Isabel.—Diego, *que entra apresurado, y al ver á Isabel cae á sus pies.*

Diego. ¡Angel bello! ¿Así el amor
de una amante, infeliz alma,
que por tí perdió la calma,
desprecias con tal rigor?
¿Así el inmenso dolor
que aprisiona el corazon
y enloquece mi razon
desprecias con tal desden? (*Creciendo.*)
¡Cómo siendo antes tu bien,
hoy, no atiendes mi pasion!!
(*Transicion.*)
Vé una flor bella y hermosa
el tierno niño en el prado,
y en su empeño apasionado
no ceja y coge la rosa:
cuando esa flor olorosa
llega en sus manos á ver,
su afan cesa, y deshacer
se le vé la rosa luego...
¡Así fue un tiempo amor ciego
tu afan, niña, por querer!...
. . . .
(*Pausa breve y transicion.*)
Bella cual luciente estrella,
entre otras muchas te ví,
y á todas te preferí
por ser más que todas bella.

Seguí con ansia la huella
que dejaste en tu camino,
creyendo que mi destino
tu amor para mí guardaba,
siendo estrella que guiaba
mi vida, tu amor divino.
Ví tus negros bellos ojos,
claros, como el sol luciente,
y tu nacarada frente
libre de pesar y enojos.
Ví despues tus labios rojos
paso á la sonrisa dar,
y ví en tu boca brillar
perlas de rico valor,
y el purísimo rubor
tus megillas adornar.
En tu hermosura prendado,
con fe ciega el amor mio,
su amante libre albedrio
lo vió en tu alma aprisionado,
loco, y por tí enamorado;
mis tiernas quejas te dí,
y al escucharlas, sentí
que entre suspiros de amor,
vino á alcanzar mi dolor
el dulce armonioso *sí*.
Desde aquel feliz instante,
de este miserable suelo,
un eden, un bello cielo
hizo nuestro amor constante;
donde el corazon amante
tan solo dichas hallaba,
donde el alma se olvidaba
del desden y del rigor...
do, solo el bien, fue el amor
que en nuestra alma se albergaba.
Entonces todo fue amor,
cariño y amante fe;
suspiros que, bien lo sé,
que calmaron tu dolor.
Y hoy, que el fuego abrasador
enciende mi corazon,
y amor turba mi razon,
solo escuchas con desden!...
¿Cómo siendo antes tu bien,
hoy no atiendes mi pasion?

ISABEL. (¡Cielos! ¿qué es esto? ¡Ay de mí!)
DIEGO. Isabel, ¿tan grande ha sido
el yerro que he cometido,
para despreciarme así?...
¿Tan pronto echaste al olvido
de tu infancia los amores?...
¡No acibes más mis dolores,
presta á mis quejas oido!
ISABEL. *(Saca del bolsillo una carta y lee.)*
«Si porque hoy, con gran dolor,
me encuentro lejos de tí,
con saña que nunca vi
pretendes burlar mi amor;
(Diego se aparta un poco aturdido.)
si en tu esquivo corazon
odio tan solo contienes,
para pagar con desdenes
de amor la inmensa pasion...»
DIEGO. ¡Ah! ¡Por Dios, calla!... Isabel...
(Acercándose.)
ISABEL. ¡Nunca!
DIEGO. Aplaca tus enojos...
ISABEL. Deja que vean mis ojos
lo que escribiste con hiel.
(Leyendo.)
«No aumentes más mi pesar
con rigor que no esperaba...
que la risa no se acaba
sin que la siga el llorar.
Que el placer y el padecer
dista uno de otro muy poco,
que es pensamiento de loco
la dicha eterna creer.»
DIEGO. ¡Isabel!...
ISABEL. Escucha más.
DIEGO. No por Dios!...
ISABEL. Por Dios que sí.
DIEGO. Atiende...
ISABEL. Atiéndeme á mí.
DIEGO. No atiendo.
ISABEL. Ya atenderás.
DIEGO. ¡Que me matas!
ISABEL. No hay por qué.
DIEGO. ¡Por mi amor!
ISABEL. Más has de oir.
DIEGO. Pues sigue hasta concluir, *(Con resolucion.)*

que desquitarme sabré.

ISABEL. (*Lee.*) «¡Adios, Isabel! Mi pasion
en mi alma germinará,
mas nunca de ella saldrá
aunque me arda el corazon.
Si en mi ardiente frenesí
revelártela intentara,
el corazon me arrancara
antes que burlarme á mí.
Si me dió, para sentir,
Dios, en su bondad una alma,
me dió tambien... mucha calma
para el pesar resistir.»

DIEGO. ¿Gozaste bastante ya?

ISABEL. Basta ya de fingimientos; (*Con resolucion.*)
si os gozais en mis tormentos
mirad quién soy...

DIEGO. ¿Quién será
quien con mentida pasion
y fingimiento sobrante,
logra alcanzar de un amante
su sencillo corazon,
para amarle y despreciarle,
jugando con su cariño...
como juega, en fin, un niño?
¿Qué nombre podremos darle?

ISABEL. ¡Válgame Dios! Si cual vos
hombre fuera, antes que hablara
vuestra lengua, os la arrancara
con mi espada!...

DIEGO. ¡Vive Dios,
que pronto os haré callar!
Leed aqueste papel, (*Saca una carta.*)
que he ocultado, Isabel,
y más no puedo ocultar.
Leed, y por él vereis
si es que es de ley y razon
mi profunda indignacion
cuando ultrajado me habeis.
Tomad. (*Se la dá.*)

ISABEL. (*Despues de pasar la vista por ella.*)
¡Santo Dios, qué veo!
Este billete maldito
es el mismo que he escrito
á Cárlos, segun yo creo.
Todo lo comprendo ya!

DIEGO. ¿Os espanta la lectura
que ofrece vuestra locura?

ISABEL. (*Repuesta de su agitacion.*)
Diego, esplicado os será
cuanto ha sucedido aquí.

DIEGO. ¿Y qué más esplicacion
necesita la razon
que cuanto pasa por mí?
¿No he visto vuestro rencor
que contra mí se desata?
¿No he visto, Isabel ingrata,
lo absurdo de nuestro amor?
¿Qué es lo que me resta ver,
despues de ver este dia,
que solo ví, que no via
nuestro imposible querer?

ISABEL. Mucho te resta saber,
Diego; ¡perdon para mí!

DIEGO. (¿Qué misterios hay aquí
que no llego á comprender?)

ISABEL. Te amo; ¡no seas cruel!

DIEGO. ¡Oh! ¡nunca!... ¡Bendito Dios,
yo perdonaros á vos!
¡yo perdonarte, Isabel!...
¿Qué tengo que perdonarte?...

ISABEL. Me amas... ¡Oh! ¿no es cierto, Diego?

DIEGO. Si eres de mi vida el fuego,
¿cómo no he de idolatrarte?

ESCENA VI.

DICHOS.—D. JUAN, CÁRLOS. LUCIANO *y* CARLOTA. *Estos, al ver á Diego é Isabel retroceden espantados.*

DIEGO. (¡Maldicion!...)

D. JUAN. (¡Qué es esto!)

CÁRLOS. (!Qué miro!)

LUCIANO. (¡Soberbio lance
de amores!)

CARLOTA. (¡Pobre don Diego!)

DIEGO. (Salir es fuerza cuanto antes
de este apuro inesperado.)

D. JUAN. (*Dirigiéndose á Diego.*)
Caballero...

DIEGO. No se alarmen
vuestros ligeros aceros

por cuestion que nada vale:
que el mio en casa no riñe,
ni intencion mala le trae.

CÁRLOS. (¡Qué imprudente!)

D. JUAN. ¿Y quién os trajo
á aquesta casa?

DIEGO. ¿A mí?... nadie.

D. JUAN. ¡Vive Dios que sois osado,
de imprudente haciendo alarde!

DIEGO. Osado soy ¡vive Dios!
cuando así dais en hablarme.

D. JUAN. Pues midiendo los aceros...
(*Saca la espada preparándose á reñir.*)

ISABEL. ¡Padre mio! (*Se arroja á su padre.*)

CÁRLOS. (*Acercándose.*) ¡No!

D. JUAN. (*Forcejeando.*) ¡Dejadme!

DIEGO. ¡Pardiez, que teneis valor, (*Sin afectacion.*)
aunque os juntais con cobardes!

LUCIANO. Si lo dejamos, lo mata. (*A Carlota.*)

CARLOTA. Di, si lo dejan...

LUCIANO. ¡Qué diantre!
todos corrimos...

CARLOTA. Del toro.

DIEGO. Si es que mi duro lenguaje
vuestro honor de caballero
hirió, don Juan, perdonadme.
Vos me faltasteis tambien,
y á pesar de ser bastante,
ni en matar pensó mi espada,
ni yo en su brillo empañarle.
Y por que sepais que os quiero
como cuando vos me amasteis,
ved esta espada que guardo,
y su historia algun combate
os recordará. Tomadla.

D. JUAN. Aqueste acero brillante (*Examinándole.*)
es el mismo que entregué
á Diego... ¡Oh! perdonadme,
y al punto decid, amigo,
cuanto sepais de ese ángel
á quien le debo la vida...
¿Vive?

DIEGO. Y en aqueste instante
gozando está, más que nunca,
al ver que vos no olvidasteis
su nombre.

D. JUAN. ¿Luego sois vos?...
DIEGO. ¿Dudais?
D. JUAN. Nunca... ¡Oh! abrazadme. (*Se abrazan*)
DIEGO. Don Juan...
D. JUAN. ¡Y yo que imprudente,
cegado por el coraje,
sin conocerte, atrevido
pretendí, Diego, matarte.!
DIEGO. No hagais caso: prueba es eso
de que nunca sois cobarde.
D. JUAN. Isabel... (*Presentándole á su hija.*)
DIEGO. Me conoció
antes que vos.
CÁRLOS. (De mirarle
no cesa ella ni un momento.)
DIEGO. Caballero... perdonadme (*A Cárlos.*)
si con la dicha que siento
saludar no os pude antes.
CARLOTA. ¡Qué cortés está D. Diego! (*Ap. á Luciano.*)
LUCIANO. Como yo, siempre galante.
D. JUAN. Diego Diaz de Castilla, (*A Cárlos.*)
de antiguo é ilustre linaje.
CÁRLOS. Cárlos Diego Villafuente
se ofrece suyo...
DIEGO. Nombrarle
mucho oí ese apellido.
D. JUAN. Es conocido bastante,
por riquezas, en los pueblos;
por valor, en los combates.
DIEGO. Pues siendo hidalgo y valiente,
me honrára yo al estrecharle
su mano amiga.
CÁRLOS. La honra
á mí me la haceis, al darme
el dulce nombre de amigo.
Y si es de hidalgos honrarse
(aunque no estoy deshonrado)
es una honra más grande
para mí ser vuestro amigo.
DIEGO. Amigos somos. (*Se estrechan las manos.*)
CÁRLOS. (¡Dios guarde
nuestra amistad!)
DIEGO. (¡Quiera el cielo
que este nombre no se cambie!)
Y puesto que amigos somos,
pronto vais á dispensarme

un favor.
CÁRLOS. Cuantos querais.
DIEGO. Solo os pido que un instante
me dejeis hablar á solas
con don Juan, pues lo importante
del asunto así lo exige.
CÁRLOS. Voy gustoso á retirarme.
D. JUAN. Don Cárlos, no lo consiento,
pues que puede Diego hab arme
en mi habitacion...
CÁRLOS. Lo mismo...
DIEGO. (¡Y aquí Isabel va á quedarse
con él!...)
CÁRLOS. (Quedándome, puedo
de su venida enterarme.)
D. JUAN. Con que hasta despues, D. Cárlos.
DIEGO. Villafuente... Dios os guarde.
LUCIANO. (Cuánta farsa hay en el mundo!)
CÁRLOS. Él, don Diego, os acompañe.
D. JUAN. Tú con don Cárlos te quedas (*A Isabel.*)
hasta que de hablar yo acabe. (*Vánse.*)

ESCENA VII.

CÁRLOS.—ISABEL.

CÁRLOS. (*Cogiendo de la mano á Isabel.*)
¡Atiéndeme, perjura!
Tú, que consigues dominar al hombre,
que al mirar tu hermosura
de celestial querube date el nombre,
y por primera vez al admirarte
no es posibie vivir sin adorarte!
Dime, mujer ingrata,
¿quién es ese hombre, que atrevido y necio,
con sus palabras trata
de hacerse hidalgo, y á quien yo desprecio?
Dime, Isabel, quién es, porque estos celos
la venganza que piden, saben los cielos.
ISABEL. Pues nunca yo pensára
que un hidalgo cual vos, tan caballero,
de vengarse tratára
con hidalgos que desprecia, lo primero.
CÁRLOS. ¡Ah! ¿Y tú le defiendes?...
ISABEL. Como siempre defiendo al injuriado.
CÁRLOS. No, que en vano pretendes

ocultar la pasion que has ocultado...
Tus ojos me lo dicen, tu semblante
que el amor que fingiste es de otro amante.
¿Y cómo á mí, perjura,
mientras á otro tu amor acariciaba
con delirio y locura,
amor tu alma impía me juraba?
¡Ay! amor que destroza el alma mia!...
¡quién en palabras de mujer se fia!

ISABEL. Que estais loco, ó soñando,
por lo que hablais deduzco; de otra suerte,
ni lo que estais hablando
yo escuchára, ni ese lenguaje fuerte;
que es impropio de hidalgo y caballero
ser con damas tenaz y pendenciero.
Ni yo nunca os amé,
ni jamás vuestro amor quise un instante:
ni en mi vida busqué
de vuestros ojos la mirada amante.
Si jamás que me ameis he pretendido,
¿cómo podeis ser vos por mí querido?

CÁRLOS. ¡Maldicion! ¡Oh! ¡qué escucho!
¿Y aquestas líneas, Isabel, qué son?
(La enseña una carta.)
Amor son, sí, y mucho;
amor tan puro, que mi corazon
tan fuerte late desque lo sentí,
que fuera imposible vivir sin tí?
¡Oh, mi dulce consuelo!
mi único bien y la esperanza mia!
tú, mi anhelado cielo,
tú eres la estrella que mi suerte guia!
yo seré para tí la dura piedra,
y tú, sujeta á mí, mi amante yedra!
Del mundo los placeres,
gozaremos igual en dulce calma...
Cuantos gustos quisieres,
cuantas delicias anhelára tu alma,
cuanto el mundo con glorias nos convida,
todo será tuyo, tuya mi vida!

ISABEL. *(Olvidándose de Diego.)*
¡Ay, Cárlos!

CÁRLOS. ¡Oh, bien mio!
Y ese suspiro que arrojaste al viento,
que ha llenado el vacío
que en mi pecho sentia y hoy no siento,

¿no es verdad que es amor, mujer hermosa?

ISABEL. Pues maldita mi hermosura, que hace odiosa
de este mundo la vida! (*Recordando á Diego.*)

ESCENA VIII.

DICHOS y DIEGO, *que al ver á Isabel con Cárlos, retrocede lleno de indignacion.*

ISABEL. ¡Cielos! ¡Ay!
CÁRLOS. ¡Vos aquí!... (*Algo turbado.*)
DIEGO. (*Disimulando el coraje.*) Solo venia...
pero ya... mi venida
ví, que solo de estorbo os servia,
y retrocedo, que don Juan me espera.
CÁRLOS. ¡Oh! Vos nunca estorbais...
DIEGO. Es... que pudiera.
(*Váse.*)

ESCENA IX.

ISABEL.—CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Purísima Isabel!...
ISABEL. Basta ya de soñar nuestros amores,
que el sueño es tan cruel
como es el vendaval para las flores;
y un mar de ilusiones en la mente hace
que débil soplo de razon deshace.
CÁRLOS. ¿Y tan cruel serás?...
ISABEL. Que nunca vuestro amor he pretendido
os dige, y es demas
cuanto hableis de un amor que no ha existido.
CÁRLOS. ¿Y aquesta carta, que por tí está escrita,
negarás tambien? (*La enseña una carta.*)
ISABEL. (*Quitándosela de la mano.*) ¡Oh, carta maldita!
CÁRLOS. (*Con rabia.*) ¿Qué hiciste, ingrata fiera?
ISABEL. Desnudad vuestro acero si es que os place,
que aunque fuera le viera,
la carta que soñar conmigo os hace
de mis manos yo nunca la soltára:
que el valor, en mujer, no es cosa rara.
Diego Diaz, es dueño
de aqueste billete y del amor mio:
despertad, pues, del sueño
que produce ese loco desvarío. (*Váse.*)

CÁRLOS. ¡Oh! ¡Detente!... Oye...
ISABEL. ¡Vana porfía!
CÁRLOS. ¡Quién en palabras de mujer se fia!!

ESCENA X.

CÁRLOS.

¡Maldicion! sobre el hombre enamorado
que ciego por amor, amor pretende:
pues cuanto más por él se ve agraviado
aun más intensa la pasion se enciende;
y aun viendo que su amor solo es soñado,
que es verdad este amor el alma entiende...
Y el alma al corazon jamás advierte
que este amar sin amor le da la muerte!
¡Lo juro por mi honor, ingrata fiera!...
Conmigo has de casarte, ó de otra suerte,
si en brazos de otro amante yo te viera,
en sus brazos te daba yo la muerte!
¡Hola!
LUCIANO. (*A la puerta.*) Señor...
CÁRLOS. Si acaso no volviera
pronto, y que falto tu señor advierte,
di, que hiriendo mi honor de caballero,
me voy por no manchar mi limpio acero.
(*Váse.*)

ESCENA XI.

LUCIANO.

Pues, señor, bonito dia;
si aquestos lances de amor
los presenciara un autor,
cien comedias escribia.
Si yo talento tuviera,
aunque solo fuera á medias,
¡qué dramas y qué comedias
tan tremendas escribiera!...
Que la dama enamorada
al escribir se equivoca,
y en vez de poner... ¡qué loca!
«No te quiero nada, nada,
»y con profundo pesar
»las calabazas te envio.»

con sus cartas arma un lio,
que al que parece adorar
las calabazas le envia,
y al que quiere despedir
dice: ¡no puedo vivir
yo sin tu amor, alma mia!
Que un amante se incomoda
y al mismo tiempo suspira;
mientras el otro conspira
para apresurar la boda.
Que viene el incomodado,
que el otro herido se va:
que el uno se casará,
y el otro será casado...
y en fin, si no me equivoco,
entre boda y memoriales
acabarán los rivales
por volver al padre loco.

ESCENA XII.

LUCIANO.—CARLOTA.

CARLOTA. ¿Cómo aqui el lacayo está
tan solo y desocupado?
LUCIANO. Pensando en qué es lo que hará
el que novia tiene ya
para no ser engañado.
CARLOTA. Muchas novias hay que engañan;
pero novios muchos más.
LUCIANO. ¿Tú engañaste?
CARLOTA. Yo, jamás.
Hay novias tambien que arañan...
LUCIANO. Pero tú no arañarás.
CARLOTA. Nunca arañar pensé.
LUCIANO. ¿Tuviste novio?
CARLOTA. No sé.
LUCIANO. ¿Y amante?
CARLOTA. Creo que sí.
LUCIANO. ¿Te corresponde?
CARLOTA. No á fe.
LUCIANO. Pues yo... deliro por tí.
Doncella, que en dulce amor
aprisionas aquesta alma,
y en tu seno seductor
llevas dichas y dolor,

locura llevas y calma.
Que tu cándida mirada
no sé si demuestra enojos
ó es que tu alma enamora,
por amor aprisionada,
presta hermosura á tus ojos.
Dime si es vivo retrato
de inocencia tu mirar,
porque me siento abrasar
con su fuego, que es tan grato,
que vida me da el penar.
Dime si en tu pecho encierras
para amar un corazon,
ó á la más pura pasion
las puertas todas las cierras
sin amor, sin compasion.
Dime, en fin, si das amor,
si das dichas ó dolor,
si das calma ó das locura,
si acompaña á tu hermosura
la de un ángel de candor...
Mas nunca á belleza tal
el cielo amor le negó,
cuando el amor retrató
en una hermosura igual
como á la que á tí te dió.
Y si es verdad que los ojos
son claro espejo del alma,
pronuncien tus labios rojos
el *sí* que espero sin calma,
porque... no te causo enojos.

CARLOTA. Deje el lacayo el amor
que tanto le hace sufrir.

LUCIANO. No puedo sin él vivir,
que es muy fuerte mi dolor.

CARLOTA. Pues antes me vá á decir
cuanto sepa de la boda.
Sin que todo no me diga...

LUCIANO. Te la haré, mi dulce amiga,
la relacion.

CARLOTA. Toda, toda.

LUCIANO. Pues es el caso...

CARLOTA. Prosiga.

LUCIANO. No cortes el hilo asi,
que no acabaré jamás.

CARLOTA. Prosigue...

LUCIANO. Ya están aquí.
Mira á ver si escuchas más
para contármelo á mí.

ESCENA XIII.

DICHOS.—D. JUAN.—DIEGO.

D. JUAN. Imposible es lo que quieres...
DIEGO. No es, don Juan, tan imposible
como vos quereis hacerlo.
D. JUAN. Todo el que entre hidalgos vive
tiene honor de caballero.
(D. Juan vé que Cárlos no está y se alarma.)
DIEGO. Pero Isabel no es posible
que amor le tenga á ese hidalgo
cuando otro amor se lo impide.
D. JUAN. ¡Calla! ¿Luciano? *(Mirando por las habitaciones.)*
LUCIANO. Señor...
DIEGO. ¿Qué buscais?
D. JUAN. Deja que mire...
¿Dónde se encuentra don Cárlos? *(A Luciano.)*
LUCIANO. Yo, señor, no sé si vive: *(Aturdido.)*
díjome que herido se iba...
D. JUAN. ¡Horror!... ¡no me martirices!
LUCIANO. Que su honor le aconsejaba
que su limpio acero brille,
y si pronto no volviera
que os digera lo que os dige.
D. JUAN. ¿Quién tolera tal infamia?
¿Quién tanto ultraje resiste?
DIEGO. ¿Por qué os alarmais así?
D. JUAN. Diego amigo...
DIEGO. ¿Qué os aflige?
D. JUAN. ¡Que mi honor perdido miro!
DIEGO. ¡Oh, nunca, que Diego vive!
y mientras que viva Diego
siempre vuestro honor existe.
D. JUAN. ¡Oh! gracias, leal amigo.
Dejadme un instante libre,
que yo vengarme sabré
haciendo á mi honor que brille.
DIEGO. ¡Yo dejaros un momento
viendo que un cobarde esgrime
contra vos arma traidora!
D. JUAN. Preciso es, Diego, que mires

que hidalgo soy, y aunque viejo,
á cuanto el honor me obligue
sabré hacerlo...

DIEGO. Ya lo sé.

D. JUAN. Dios te guarde.

DIEGO. Que Él os guie.

LUCIANO. ¿Quién presenciando esta escena,
hijas y amor no maldice?
(Se va tras de su amo, y Carlota por la izquierda.)

ESCENA XIV.

DIEGO.—ISABEL.

ISABEL. ¡Diego aquí!...

DIEGO. *(Incomodado.)* Dios... te guarde.

ISABEL. (Está enojado.)

DIEGO. Oye... Isabel, advierte
que he saludado...

ISABEL. Contesto, pues.

DIEGO. Que no hayas contestado
de admirar es.

ISABEL. Contestar... á un saludo
que no esperaba...

DIEGO. Cuando á otro más galante
tu amor pensaba
que aquí hallaria...
saludar, si á otro hallaba,
necio seria.

ISABEL. Tu amor he conocido, *(Resuelta.)*
y causa enfado
ver fingir á un hombre
de enamorado.

DIEGO. ¡Fingiendo dice!... *(Con asombro.)*
¡Oh! mundo condenado
¿qué daño os hice?
Pues bien, si finjo amores, *(Cambiando de tono.)*
fingir no quiero;
para vivir fingiendo
morir prefiero.
Sí, Isabel...
fingiendo este amor... muero.
¡Adios!... ¡Cruel!!

ISABEL. ¡Oh! Tú no te vas... Diego...
(Con dulzura y asiéndole del brazo.)

DIEGO. ¡Déjame... ingrata!

ISABEL. ¡Te amo!

DIEGO. Fingimiento...
¡Si se retrata en tu semblante
odio, que se desata
contra este amante!...
¡Si en envidiable dicha
hablarte vi
con Cárlos Villafuente
hoy mismo... aquí!
¿á qué fingiendo
vienes ahora á mí,
y amor mintiendo?

ISABEL. Antes vé este billete
que á Villafuente
arranqué de sus manos:
prueba evidente
de que te amaba.

DIEGO. (*Mirando el billete.*)
¡Qué miro!... ¡Imprudente! (*Con rabia.*)

ISABEL. Acaba, acaba...

DIEGO. ¿Y cómo aquesta carta,
que es para mí,
otro amante la hubo?

ISABEL. Cuando escribí
la direccion
me equivoqué... por tí,
sin intencion.
Que soñando contigo
despierta estaba,
y aquesta carta tuya
á otro mandaba:
mientras que á tí
la de otro enviaba...
¡Cúlpame á mí!

DIEGO. ¡Y tú valor tuviste
para quitarle...!

ISABEL. Amor... fuerzas me daba
para matarle!
¡Márchate ahora (*Cambiando de tono.*)
y á otro amor ve á escucharle...
que tu alma adora!...

DIEGO. (*Con afecto y recorriendo los tonos que marcan los versos.*)
Pensar ¡oh Isabel! pudo
tu alma impía,
que sin tu amor pudiera

vivir la mia?
De amor deshecho,
mi corazon ansía
franco tu pecho.
Henchida de amor mi alma,
tan solo por tí suspira,
y en vano en sueños delira
buscando la dulce calma
que tu corazon respira.
Solo en tu amor,
amor del cielo,
dulce consuelo
mi alma halló.
Y hoy, dia y noche
pasa llorando
y suspirando
lo que perdió.
Si en loco desvario
tu amor perdí,
del querer fue locura
que harto sentí.
¡Que los amores
crian tambien espinas
como las flores!
Pruebas mil, de amarte dí
con fe, delirio y locura;
creyéndome ver en tí
el ángel que en sueños ví
destinado á mi ventura!
Calma mi pecho,
de amor henchido,
vuélvele el nido
que abandonó;
que dia y noche
pasa llorando
y suspirando
lo que perdió.
Vuelve á mirar mis ojos,
que el alma son,
y vé como robaste
mi corazon.
Y de pesares,
verás el alma mia
llorando á mares.
Porque, Isabel, yo te quiero,
como quiere la flor bella

al arroyuelo ligero,
que rozándose con ella
la refresca lisonjero.
Como las aves,
la primavera;
cual la pradera,
el ruiseñor:
Como el rocío
quieren las flores,
que á sus colores
presta vigor.
No á mis quejas se muestre
sorda tu alma...
vuelve á mi pecho amante
la dulce calma.
Que sus dolores,
solo pueden curarlos
castos amores.
Vé del alma, la pasion,
que abriga tu tierno amante,
que envuelto en fiera afliccion,
llora aquel fatal instante
que perdió tu corazon!
Mujer, no dudes
de mi tormento,
que ni un momento
mi amor fingí;
Que dia y noche
paso llorando
y suspirando
lo que perdí!

ISABEL. (*Arrebatada de amor.*)
¡Oh! ¡Tuya seré, Diego!

DIEGO. ¡Y yo tu amante!...

ISABEL. Mas... mi padre...

DIEGO. Lo sé...
Pero constante
nuestro querer,
ni Cárlos... ni tu padre
podrán vencer.

ESCENA XV.

DICHOS.—D. JUAN.—CÁRLOS.

D. JUAN. Ya, Cárlos, tranquilo estoy.

CÁRLOS. La torpeza del criado

fue quien causó vuestra alarma.
DIEGO. (¡Otra vez aquí don Cárlos!)
CÁRLOS. (¡Otra vez Diego con ella!)
D. JUAN. (¡Isabel, me estás matando). (*Al oido.*)
CÁRLOS. Don Diego...
DIEGO. ¡Aquí Villafuente!...
(*Se dan las manos.*)
D. JUAN. Que venga... (*A Diego.*)
DIEGO. No me es extraño.
CÁRLOS. (Pronto te he de hacer llorar.)
Isabel... Parece que algo
incomodada te encuentro!
ISABEL. Y yo á vos algo agitado!
CÁRLOS. No te extrañe mi pregunta.
ISABEL. Ni á vos si á ella me callo.
CÁRLOS. ¿Sigue, al parecer, tu enojo?
ISABEL. De necios es preguntarlo.
CÁRLOS. Pues conmigo has de casarte,
ó de otra suerte...
(*Quédanse hablando por lo bajo.*)
DIEGO. (*A D. Juan.*) Es en vano
que trateis de convencerme;
Isabel... no ama á don Cárlos
porque mi amor se lo impide.
CÁRLOS. Don Juan, dispuestos estamos.
D. JUAN. Cuando vos querais...
DIEGO. (*Fingiendo.*) ¿Qué es ello?
CÁRLOS. ¿Lo ignorais?.
DIEGO. Sí.
CÁRLOS. Que me caso.
DIEGO. ¿Y la novia?
CÁRLOS. Es... Isabel.
ISABEL. (¡Dadme fuerzas, cielo santo!)
DIEGO. ¿Con vos Isabel se casa?...
¡Sin duda que estais soñando!
D. JUAN. ¡Diego!
DIEGO. Don Juan... dispensadme,
(*Con risa producida por la rabia.*)
si franquezas he tomado,
y dispensad que me ria
de lo que hablasteis, don Cárlos.
CÁRLOS. ¡Me extraña que así os burleis!
DIEGO. No es burla... es... que estoy gozando!
(*Se rie.*)

ESCENA XVI.

DICHOS.—CARLOTA.—LUCIANO, *con una carta en la mano.*

LUCIANO. ¿Don Diego Diaz?.. Un jóven
esta carta me ha entregado.
DIEGO. ¿Espera?
LUCIANO. Ya se marchó.
Vino á la puerta á caballo.
(*Entra y se la da.*)
DIEGO. (¿De quién será aquesta carta?)
CÁRLOS. (Ahora gozarás llorando!)
DIEGO. Si no os ofendo...
TODOS. Leed.
DIEGO. (*Despues de leer la carta.*)
¡Cielos!... ¡Habrá desgraciado!!
(*Apoyándose sobre la mesa y tapándose la cara con las manos.*)
D. JUAN *y* CÁR. ¿Qué os sucede?
ISABEL. ¿Qué te pasa?
LUCIANO. (¡Una intriga de don Cárlos!)
DIEGO. ¡Ha muerto... mi padre!!... (*Con voz apagada.*)
TODOS. ¡Cielos!
DIEGO. ¡Padre mio!! (*Suspirando.*)
ISABEL. ¡Aplaca el llanto!
Ten resignacion y espera
en Dios!...
D. JUAN. Dios, Diego, á su agrado
dispone de nuestra vida,
y es forzoso resignarnos...
pues si á otra vida nos llama
es justo que allá vayamos.
(*Luciano se aproxima á la mesa y lee la carta.*)
DIEGO. ¡Ay, don Juan!
D. JUAN. Busca consuelo.
DIEGO. Isabel... don Juan... don Cárlos...
¡adios!... mi destino fiero
me obliga hoy mismo á dejaros!
ISABEL. ¡Oh, Diego! (*Sollozando.*)
DIEGO. ¡Isabel!... ¡Adios!
LUCIANO. Señor... aunque incomodado (*A Diego.*)
luego os volvais contra mí
por atrevimiento tanto,
contestad á una pregunta
que os hace un triste criado...

¿Dónde vivió vuestro padre?

DIEGO. En Zaragoza.

LUCIANO. (*Lleno de alegría.*) ¡Dios Santo!
Pues vuestro padre no ha muerto.

DIEGO. ¡Qué dices!

LUCIANO. (*Con la carta en la mano.*) Ved; acercaos.

CÁRLOS. (¡Mal resisto mi coraje!...
¡yo te arreglaré, villano!!)

LUCIANO. ¿No veis aquí *Villafranca*?

DIEGO. Sí.

LUCIANO. Pues prueba que es engaño;
que no ha muerto vuestro padre,
que es una accion de villanos:
que un implacable rival
os ha tendido este lazo
para que vos no podais
pedir de Isabel la mano.

DIEGO. ¿Será verdad?

D. JUAN. (¡Que en mi casa
pase lo que está pasando!)

ISABEL. (¡Gracias, Dios mio!)

LUCIANO. ¿Quereis
más pruebas de que esto es falso?

DIEGO. No; basta.

ISABEL. Dí cuanto sepas.

LUCIANO. Preguntádselo á don Cárlos,
que si yo no me equivoco,
debe estar bien enterado.

CÁRLOS. (¡Villano!!)

DIEGO. ¿Lo habeis oido?

CÁRLOS. De un imprudente he escuchado
lo que escuchar no debiera.

DIEGO. No; que fingís mal, don Cárlos;
pues esa rabia que os ahoga
todo lo está revelando.
Yo mismo de aquí os sacára
á probaros en el campo,
mas temo manchar mi acero
con la sangre de un villano.

CÁRLOS. ¡Oh, rabia! (*Saca el acero y quiere ir hácia Diego; don Juan le detiene.*)

D. JUAN. ¡Cárlos!

CÁRLOS. ¡Dejadme! (*Forcejeando.*)

ISABEL. ¡Ay, Diego!

DIEGO. ¡Isabel!

D. JUAN. Don Cárlos...

que estais en mi casa os digo
la honra mia manchando:
no quiero que el mundo diga
que dos hombres se mataron
por una hija de don Juan!...
Y hoy aquí habeis de juraros
de amigos santa amistad.

DIEGO. Yo, le perdono á don Cárlos,
si es que la verdad nos dice
de todo cuanto ha pasado.

D. JUAN. Don Cárlos...

CÁRLOS. ¡Yo soy culpable!

LUCIANO. Si es la letra de don Cárlos. (*Ap. á Carlota.*)

CÁRLOS. Llevado por la pasion,
por los celos arrastrado,
viendo que á Isabel amabais
y que ella os amaba tanto,
viendo que mi santo amor
por su amor no era escuchado,
os hice esa accion villana,
digna sola de un villano.

DIEGO. ¿Amabais mucho á Isabel?

CÁRLOS. Y por ventura aun la amo,
pues cediéndoos mi puesto,
vos sereis, Diego, el casado
y yo el padrino.

DIEGO. Es mi honra.

CÁRLOS. Es que os debia, y os pago;
es que en la lucha de amantes
me habeis, don Diego, ganado;
y es que yo llamé á la puerta
pegando golpes en vago,
que el que al corazon no llama
á la puerta llama en vano.

D. JUAN. ¡Pardiez! que bien disponeis
de lo que no es vuestro, hidalgos.

CÁRLOS. Isabel... es de don Diego.

D. JUAN. Mi hija es, y en ella mando;
y haciendo uso del derecho
que la ley pone en mis manos,
os digo... que no se casa.

DIEGO. Don Juan...

D. JUAN. Porfiais en vano.

ISABEL. ¡Padre mio! A vuestros pies,
favor vuestra hija implorando
mirad: ved mi corazon

del amor de Diego esclavo,
que llorando os pide alivio
que vos solo podeis darlo.
El negaros á este amor
fue la causa de aquel llanto
que á mis ojos la alegría
fue por momentos robando.
¡Dadme alivio, padre mio!

D. JUAN. Hija mia... (*La levanta.*)

DIEGO. ¡Oh! ¡Dios Santo!
Don Juan... (*Va á abrazarle.*)

D. JUAN. (*Abrazándolos.*) Sí... abrazadme,
y pronto, pronto casaros.

LUCIANO. Y pues tocan á casar, (*A Carlota.*)
tambien los dos nos casamos.

D. JUAN. ¡Si supierais, hijos mios,
cuánto gozo al contemplaros!

DIEGO. Ya sabeis lo prometido; (*A Cárlos.*)
vos, mi padrino, don Cárlos.

D. JUAN. Y amigos los dos rivales.

CÁRLOS. No olvideis, de amor cegados, (*Al público.*)
que *el que al corazon no llama...*
á la puerta llama en vano.

(*Baja el telon.*)

FIN DE LA COMEDIA.

TRES REYES Y TRES DAMAS, comedia en tres actos y en verso, arreglada del francés por D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—8 rs.
VALERIANA, melodrama en un acto y en verso, arreglado del francés, por don Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices tres; actores seis.—4 rs.
MATAR DOS PÁJAROS, zarzuela en un acto, original de D. José Segarra.—Actriz una; actor uno.—4 rs.
EL REY SE TRAGÓ LA PÍLDORA, zarzuela bufa en dos actos y en verso, original de los señores Somoza y San Martin.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.
LA CAZA EN EL MOLINO, juguete lírico-cómico en un acto y en verso, original de D. J. G. de L. y M.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.
LA CAPILLA DE MERLUZA, parodia en un acto y en verso, original de don Eduardo Montesinos.—Actriz una; actores cinco.—4 rs.
CANDIDEZ Y TRAVESURA, zarzuela en un acto y en prosa, por D. Gerónimo Moran.—Actrices tres; actores dos.—4 rs.
UN CLUB, disparate cómico-cantable en dos actos, originalidad de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores seis.—6 rs.
TRES PERSONAS DISTINTAS Y UN SOLO AMOR VERDADERO, zarzuela en dos actos y en verso, original de D. Joaquin Guillermo de Lima.—Actrices dos; actores cuatro.
LA VIRGEN DEL PERDON, zarzuela en tres actos y en verso, arreglo de la ópera *Dinhora*, por D. José Zorrilla.—Actrices cuatro, actores siete.—8 rs.
LAS CULPAS DE LOS PADRES, drama en tres actos y en verso, original de don José Zorrilla.—Actrices cinco, actores cinco.—8 rs.
VENGANZA DE AMOR, comedia original en tres actos.—8 rs.
LOS YERNOS DE D. SIMON, zarzuela en dos actos, arreglada del francés.—4 rs.
EL CASERO, escenas de la vida de alquiler, juguete cómico en un acto, en prosa y verso, original de D. Eduardo Saco.—Actrices dos; actores cuatro.—4 rs.
EL VERDUGO DE SÍ MISMO, drama en un acto y en verso, original de D. Angel Rodriguez Chaves.—Actrices una; actores tres.—4 rs.
EL CHALAN, zarzuela en un acto y en verso, original de D. Luis Blanc.—Actrices una; actores cinco.—4 rs.
Y otras varias, dramáticas y líricas.

LISTA DE LOS CORRESPONSALES DE PROVINCIAS.

Albacete, D Críspulo Cid Lopez.
Alicante, D. José Conart.
Antequera, D. Francisco Espejo.
Almería, Sres. Alvarez hermanos.
Alcalá de Henáres, D. Zacarías Bermejo.
Avilés, D. Maximiano Roman Alvarez.
Baeza, D. Casimiro Fernandez Almagro
Búrgos, D. Timoteo Arnaiz.
Bilbao, Sra. Viuda de Delmas.
Badajoz, D. Fermin Coronado Romero.
Barcelona, *D*. Isidro Cerdá.
Ciudad-Real, D. Perfecto Acosta.
Córdoba, D. Manuel García Lovera.
Cuenca, D. Manuel Mariana.
Cádiz, D. Manuel Morillas.
Coruña, D. José Lago.
Carmona, D. José M. de Eguiluz.
Cartagena, D. Francisco Vico.
Escorial, D. Sabas Herrero Castaño.
Ecija, Sra. Viuda de Geuli.
Figueras, D. Mariano Alegret Colom.
Ferrol, D. Nicasio Taxonera.
Gerona, D. Vicente Dorca.
Granada, D. José M. de Fuensalida.
Graus, D. Tomás Perales.
Gijon, D. N. Crespo y Cruz.
Guadalajara, D. Rafael Onana Medrano
Huesca, D. Raimundo Guillen.
Jerez de la Frontera, D. José Ruano.
Jaca, D. Miguel Berbiela.
Logroño, D. Plácido Brieba.
Lucena, D. Juan Bautista Cabeza.
Lisboa, D. Miguel Mora.
Lugo, Sra. Viuda de Pujol y hermano.
Málaga, D. Francisco de Moya.
Id. D. José García Taboada.
Monzon, D. Manuel Castro.
Murcia, D. Anselmo Arques.
Mataró, D. Narciso Clavell.
Oviedo, D. Juan Marttinez.
Ocaña, D. Vicente Calvillo.
Orense, D. José Ramon Perez.
Pontevedra, D. F. Buceta, Salla y C.ª
Palma de Mallorca, D. José Gilabert.
Ronda, D. Juan José Moreti.
Reus, D. Juan Bautista Vidal.
Rio-seco, D. Marcelo Prádanos.
Santa Cruz de Tenerife, D. Felipe Miguel Poggí.
Soria, D. Francisco P. Rioja.
Sanlúcar de Barrameda, D. Inocencio de Oña.
San Sebastian, D. Antonio Garaldo.
San Fernando, D. José Gay.
Santiago, D. Bernardo Escribano.
Salamanca, D. Rafael Huebra.
Sevilla, Sres. hijos de Fé.
Teruel, D. Francisco Baquedano.
Tuy, D. Enrique Cruz.
Talavera de la Reina, D. Angel Sanchez de Castro.
Tarazona, D. Pedro Veraton.
Ubeda, D. Tomás Perez.
Vitoria, D. Justo Oquendo.
Velez-Málaga, D. Leandro Perez Mateo.
Valencia, D. Francisco de Paula Navarro.
Valladolid, D.ª Adelaida Herrainz, viuda de Jóve.
Vigo, D. Manuel Fernandez Dios.
Wich, D. Juan Soler y C.ª
Zaragoza, D.ª Petra Heredia.
Zafra, D. Andrés Baroma.
Zamora, D. Valentin Fuertes Yañez.

EN MADRID, Casa del editor, calle de Hortaleza, núm. 5, piso segundo de a izquierda, y en la librería de San Martin, Puerta del Sol, núm. 6.